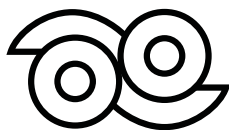


Conducta, estructura
y comunicación



Conducta, estructura y comunicación

Escritos teóricos 1959-1973

Eliseo Verón

Amorrortu editores
Buenos Aires - Madrid

Director de la biblioteca de comunicación, cultura y medios,
Aníbal Ford

Conducta, estructura y comunicación, Eliseo Verón
Escritos teóricos 1959-1973
© Eliseo Verón, 1995

Única edición en castellano autorizada por el autor y debidamente protegida en todos los países. Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723. © Todos los derechos de la edición en castellano reservados por Amorrortu editores S. A., Paraguay 1225, 7° piso, Buenos Aires.

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico o electrónico, incluyendo fotocopia, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 950-518-646-0

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en setiembre de 1996.

Índice general

- 9 Prefacio. Feedback, flashback (o la máquina del tiempo)
- 25 *Primera parte. Acción y comunicación*
- 27 1. Teoría de la percepción e integración teórica en la psicología social (1959)
- 89 2. El análisis estructural en ciencias sociales (1963)
- 105 3. Comunicación y neurosis: el aprendizaje de estructuras (1964)
- 121 4. La antropología estructural (1964, 1967)
- 137 5. Psicología y sociología (1964)
- 151 6. El sentido de la acción social (1965, 1967)
- 197 7. Acción, situación y mensaje (1969, 1971)
- 221 8. Para una semiología de las operaciones translingüísticas (1973)
- 249 *Segunda parte. Ciencia e ideología*
- 251 9. Infraestructura y superestructura en el análisis de la acción social (1965)
- 275 10. Para una pragmática de las ciencias sociales (1967)
- 303 11. Hacia una «lógica natural de los mundos sociales» (1973)
- 347 Publicaciones de Eliseo Verón

Prefacio. Feedback, flashback (o la máquina del tiempo)

El presente volumen es la tercera edición de lo que se podría suponer un mismo libro: *Conducta, estructura y comunicación*. En realidad no es así, por dos razones.

Una primera razón es relativamente trivial: de una edición a otra, los autores introducen frecuentemente modificaciones, correcciones, ampliaciones, etc. Es lo que ocurrió en este caso. Comparada con la edición original (L: 1968),¹ la segunda (L: 1972) era ya bastante diferente: el volumen había crecido en casi cien páginas. De la segunda edición a la presente, el libro reencuentra su dimensión original, achicándose: esta tercera edición comporta once capítulos, exactamente como la primera, pero contiene algunos textos que no estaban en ninguna de las dos anteriores. Con respecto a la segunda edición, la supresión de ciertos capítulos se explica fácilmente: se trataba de textos que me parecieron demasiado polémicos y por lo tanto circunstanciales (a propósito de Enzo Paci, de Marcuse, de Politzer resucitado por Bleger en los años sesenta, de Sebrelli. . .).

Una segunda razón me parece menos trivial. Dentro del marco del trabajo intelectual de un individuo, una secuencia de textos que él ha producido en un período determinado de su vida va cambiando de sentido a medida que pasa el tiempo, es decir, a medida que ese individuo sigue escribiendo otros textos, que también se acumulan en nuevas secuencias de textos. O sea: en la relectura de mis textos para preparar la segunda edición, allá por 1972, y en la relectura que he efectuado para preparar esta tercera edición, veinti-

¹ Cuando no figura nombre de autor, las fechas reenvían a la lista completa de mis publicaciones, incluida al final del volumen. Se indica L = libros o AE = artículos y ensayos. En caso contrario, se trata de las referencias bibliográficas de este «Prefacio».

tantos años después, me encontré con textos diferentes, aunque se tratase, en su mayoría, de los mismos textos. Yo también, claro está, era ya diferente. Como si una secuencia de textos como esta resultara sorpresivamente una máquina del tiempo y, como en el cine, lo que aparece como un flashback, un retorno al pasado, fuese en realidad un retorno al futuro. En todo caso, esa modificación progresiva del sentido contenido en textos fijados en el tiempo, en función de otros textos escritos mucho después, me parece un proceso interesante, en el campo de lo que algunos gustan llamar la intertextualidad. Habría entonces a la vez *flashback* (retorno al pasado) y *feedback* (retorno al futuro), en la medida en que es como si textos posteriores nutrieran, alimentaran o modificaran textos anteriores.

Naturalmente, para que este juego entre flashback y feedback tenga algún interés, una condición fundamental es que los textos no hayan sido re-escritos en oportunidad de cada re-edición, porque en ese caso la modificación del sentido del que son portadores sería una banalidad, o inclusive una trampa. Quede en claro entonces que los textos que componen este libro, del mismo modo que en el caso de la segunda edición, subsisten aquí tal como fueron originalmente escritos, salvo modificaciones mínimas de forma.

Flashback

Trataré primero de evocar las condiciones que fijan estos textos en su tiempo de origen.

El primer capítulo, consagrado a la teoría de la percepción, fue publicado en 1959. Representa un aspecto del trabajo conceptual realizado en el marco de la cátedra de Psicología Social de la carrera de Sociología, nutrida en aquellos años por la inteligencia y la infatigable curiosidad intelectual del Prof. Butelman. Los capítulos 8 y 11, que cierran respectivamente la Primera y la Segunda partes del libro, son de 1973. Es pues un período de quince años, que comienza en plena psicología social y culmina en una problemática situada en la frontera entre lingüística y análisis del discurso. Me parece además una periodización bastante «natural», en la medida en que son mis años, por decirlo así,

argentinos: estuve varias veces en Francia durante los años sesenta, pero en 1973 me radico definitivamente en París.

En términos de investigación, el período está claramente marcado por el pasaje progresivo de una problemática psicosocial a una problemática sobre el discurso.

Entre 1964 y 1968, Carlos Sluzki y yo coordinamos, en el Servicio de Psiquiatría del Policlínico de Lanús, servicio dirigido por el Dr. Goldenberg, la investigación sobre los trastornos neuróticos que culminó en el libro *Comunicación y neurosis* (L: 1970), nunca más re-editado. Los capítulos 3 y 7 del presente libro aluden a los resultados de dicha investigación. El capítulo 7 retoma una presentación que hice en julio de 1969 en el Centro Internacional de Semiótica y Lingüística de Urbino, presentación que fue severamente criticada por Greimas, molesto por un análisis que combinaba sin complejos la orientación pragmática de la antropología de Gregory Bateson, el estructuralismo y la semiología francesa.

Ahora bien, a partir de 1966 empecé a trabajar sobre el discurso de la prensa escrita, trabajo que dio lugar a varios artículos, entre otros a uno que algunos amigos recuerdan ocasionalmente con cierta nostalgia: «Ideología y comunicación de masas: la semantización de la violencia política», que formó parte de un volumen colectivo publicado por Nueva Visión (L: 1969).

La Primera parte del presente libro («Acción y comunicación») reúne un conjunto de textos atravesados por la búsqueda de una posición intelectual y teórica diferenciada del accionalismo-funcionalismo dominante en las ciencias sociales de los años sesenta, representado por Gino Germani. Presentación y valorización del estructuralismo (capítulos 2 y 4); exploración de alternativas para la conceptualización del comportamiento frente a la sociología de la acción orientada (capítulos 3, 5, 6 y 7). Estas peripecias culminan en la adopción de una posición descentrada respecto de ese campo intelectual (para usar la terminología de Bourdieu), posición que ya aparece como más específicamente semiológica (capítulo 8).

En la Segunda parte («Ciencia e ideología») se juega más bien el aspecto polémico-político de aquel enfrentamiento cultural con el funcionalismo de la acción orientada, a través de reflexiones de clara inspiración marxista (capítulos 9

y 10), pero que culmina de nuevo en la adopción de una posición *otra*, ubicada en el marco de la problemática, entonces incipiente, de las lógicas sociales del discurso (capítulo 11).

Estas dos secuencias textuales parecen entonces llevar, en ambos casos, a un movimiento final de *retracción* con respecto al campo cultural por el que esos textos transitaban. Como si la problemática propiamente semiológico-discursiva hubiese tenido para mí la ventaja de representar una posición *excéntrica* con respecto a ese campo cultural, tal vez un lugar protegido. Esta interpretación resulta tanto más plausible cuanto que es en ese año 1973 cuando decido «descentrarme» más radicalmente del campo intelectual argentino, instalándome en Francia.

La secuencia textual global que compone este libro termina poco antes del largo texto que escribí en París en julio de 1975 y que apareció más tarde como primera parte de *La semiosis social: «Fundaciones»* (L: 1988). En él presenté y discutí la distinción producción/reconocimiento como base de una teoría de los discursos sociales. «Fundaciones» es *para mí* un texto importante, en la medida en que cierra, de alguna manera, ese período «argentino» y consagra mi ruptura definitiva con la lógica conceptual del marxismo. Pero fue también para mí una apertura, como el inicio de otra cosa. La idea del desfasaje estructural entre la producción y el reconocimiento, es decir, la idea de la no-linealidad de la circulación discursiva, me permitió comenzar a pensar la complejidad de la comunicación, en particular la de los medios.

Como puede verse, el flashback tiene un tono vagamente autobiográfico, difícil de justificar. Pienso que una justificación de la existencia de este libro ante el lector sólo puede construirse a través del feedback. Porque la decisión de reeditar textos no literarios escritos hace bastantes años supone inevitablemente la hipótesis de que esos textos están retornando al futuro, reactivan (y son reactivados por) textos posteriores y por lo tanto, de alguna manera o en algún sentido, son pertinentes *hoy*.

Feedback I

Un tema recurrente es el de la diferenciación de niveles de análisis del comportamiento social, que reenvía a la cuestión de la integración teórica en las ciencias sociales. Los dos niveles esencialmente en juego aquí son el de la descripción psicológica y el de la descripción sociológica. Lo cual no es de extrañar dado que, en ese período, yo fui operando ese deslizamiento de la problemática psicosocial (a propósito de la psicología social de la percepción, primero, y de la psiquiatría social de las neurosis, después) hacia una problemática propiamente sociológica relativa al discurso.

A este respecto, no hay que olvidar que la instalación de la carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires estuvo marcada, desde el inicio, por las investigaciones sobre la personalidad autoritaria del equipo de Adorno (véase capítulo 1). Estas investigaciones establecían una relación (¿causal?) entre el nivel de análisis psicoanalítico concierne a la descripción de rasgos dinámicos de la personalidad y el nivel de análisis sociológico relativo a posiciones ideológico-políticas de carácter autoritario. ¿Cuál es entonces la variable independiente que explica la adhesión a un partido político: la posición del individuo en la estructura social (análisis sociológico clásico) o la dinámica de su personalidad? Este es el problema directamente abordado en el trabajo sobre psicología y sociología, que escribí con Silvia Sigal (capítulo 5). Nosotros rechazábamos la solución de construir modelos como los de la «personalidad básica» o el «carácter social», que eran reformulaciones pseudo-psicológicas de descripciones sociológicas, y que trataban de eludir el problema central de *la indeterminación relativa entre los niveles de descripción*. No hay relaciones lineales entre una posición en la estructura social, una estructura de la personalidad y un comportamiento político. Esto significa reconocer la complejidad de la relación entre individuo y sociedad en tanto problema epistemológico.

Cuando Sluzki y yo trabajamos sobre los trastornos neuróticos, la investigación en psiquiatría social había ya mostrado que era vano buscar relaciones directas entre tipo de neurosis y posición en la estructura social. De ahí el pasaje por las características de la dinámica del grupo familiar, sobre las cuales estaba comenzando a trabajar en aquel tiem-

po el equipo de Palo Alto, inspirado en la antropología de Bateson. Desde el punto de vista de la articulación entre niveles de análisis, el problema era el siguiente: estructuras similares de la dinámica familiar (descripción sistémica), pudiendo conducir a la emergencia de un mismo tipo de neurosis (descripción psicopatológica del individuo), pueden aparecer en niveles socioeconómicos diferentes (descripción sociológica). *Entre los niveles de descripción no hay correspondencias término a término. ¿Cómo se puede entonces concebir la integración teórica?*

Hasta aquí, de lo que se trataba es del problema de la articulación entre el nivel de análisis psicológico y el nivel de análisis sociológico, sean cuales fueren las modalidades específicas del tipo de descripción psicológica. Pero un caso particular de descripción psicológica estaba en el centro de la discusión que organiza estos textos: aquella descripción que se efectúa poniéndose en «el punto de vista del actor», que describe el campo psicológico a partir de un modelo de la conciencia intencional del actor.

Esta problemática reaparece hoy a propósito de otra articulación entre niveles científicamente decisiva: la articulación entre descripciones psicológicas y descripciones neurológicas, en el campo de las ciencias cognitivas. Los problemas epistemológicos que las ciencias sociales afrontaron a lo largo del tiempo en sus esfuerzos por comprender la relación entre el individuo y la sociedad, y que se reflejan en este libro, están presentes hoy en el campo de las ciencias cognitivas, y en particular en las reflexiones y polémicas actuales identificadas como «filosofía de la mente».² Como en el pasado en las ciencias sociales, están en el centro de la discusión el estatuto de las descripciones de estados y procesos psicológicos en general, y muy especialmente el estatuto de las descripciones de estados y procesos *conscientes*.

En las ciencias cognitivas, la voluntad de integración teórica es clara: la gran mayoría de los especialistas rehúsa el dualismo cuerpo/mente, y busca por lo tanto alguna forma de materialismo. Entre las dos posiciones extremas (por

² Véanse a este respecto: Churchland, 1984; Davidson, 1980; Dennett, 1987 y 1991; Edelman, 1989; Fodor, 1975; Putnam, 1988; Rorty, 1979; Searle, 1983 y 1992. Una excelente síntesis reciente se hallará en Pinkas, 1995; para una perspectiva histórica más amplia, que remonta al dualismo cartesiano, véase Flanagan, 1993.

un lado las formas más o menos disimuladas de dualismo, y por otro lado las diferentes versiones de un materialismo reduccionista que afirma la identidad mente/cerebro), se perfila, como en el pasado en las ciencias sociales, la necesidad de un punto de vista que busque las articulaciones entre diferentes niveles de descripción, y por lo tanto una solución integradora no reduccionista.

Pienso que en las discusiones de las ciencias cognitivas se confunden frecuentemente los puntos de vista filogenético y ontogenético. Desde el punto de vista de la filogenia, está clara la necesaria antecedencia de un tipo de procesos (por lo menos hasta un cierto grado de complejidad) con respecto a otros tipos de procesos. Ciertas etapas en el desarrollo del sistema nervioso central son condiciones previas para el surgimiento de los procesos perceptuales de la «conciencia primaria» y de la «conciencia de nivel más alto» (Edelman, 1989). Cierta nivel de desarrollo de los procesos psíquicos es sin duda condición previa para la emergencia de determinados fenómenos de gregarismo y vínculo social. Desde el punto de vista de la filogenia, está claro que determinadas características de la evolución del cerebro humano explican la emergencia de la vida de la especie en sociedad, y no la inversa, y que la necesidad de buscar la mejor hipótesis materialista (neodarwiniana o de otro tipo) está fuera de discusión. La prudencia exige simplemente en este caso la adopción de una exigencia mínima, a saber que las teorías que se construyan para describir los fenómenos de nuevos niveles de complejidad no contradigan las leyes fundamentales de la física.³

Pero desde el punto de vista de la ontogenia, el problema se presenta de una manera bastante distinta. En el caso de cada individuo que nace en el seno de una sociedad determinada, esta pre-existe a la estructuración de las conexiones sinápticas del cerebro del individuo, y desde este punto de vista se puede decir que los vínculos sociales en que se en-

³ Es el caso de la hipótesis que formula Watzlawick en uno de sus trabajos, según la cual en el fenómeno de las profecías auto-verificantes, el futuro determina el pasado (cf. P. Watzlawick, «Les prédictions qui se vérifient d'elles-mêmes», en Watzlawick, ed., 1988). Quede claro pues que el «retorno al futuro» es una pura metáfora literaria a propósito de un mecanismo como el feedback, perfectamente respetuoso de las leyes de la física.

cuentra de hecho insertado desde el nacimiento, sobredeterminan la forma final de su «aparato psíquico» (para utilizar la vieja terminología freudiana). No me parece pues contradictorio afirmar que, si desde el punto de vista filogenético una cierta estructuración psíquica es condición previa a la emergencia de formas determinadas de socialidad (lo cual no excluye múltiples mecanismos de feedback entre estos niveles), desde el punto de vista ontogenético determinadas formas de socialidad son condiciones previas a la emergencia de la estructuración psíquica del individuo.

Feedback II

El problema del estatuto de las descripciones del comportamiento intencional (lo que los sociólogos llamaban la «acción orientada») está lejos de haber sido resuelto. La cuestión provoca hoy en filosofía de la mente polémicas tan apasionadas como las que conoció en su momento la sociología.

Que algo que tiene el aspecto de una «psicología del sentido común» corresponde a un nivel fenomenológico de descripción de la estructuración del campo subjetivo del actor está, me parece, fuera de discusión. El problema, desde el punto de vista epistemológico, es decidir qué hacemos con semejante constatación, qué estatuto le atribuimos a ese nivel de descripción.

En un principio y bajo la influencia de la fenomenología de Merleau-Ponty, creí encontrar en la descripción de la estructuración del campo perceptual un nivel que podría incluso facilitar, complementariamente al nivel de la personalidad, la integración teórica de la psicología social (capítulo 1). Este punto de vista suponía una hipótesis fuerte de correspondencia entre niveles: «La función integradora que corresponde a la personalidad se manifiesta claramente en que (. . .) las demás variables intervinientes en el comportamiento social son dependientes respecto de la variable personalidad. Del mismo modo, dichas variables son dependientes de la variable percepción en cuanto que *para toda variable analítica debe ser posible señalar una variable que le es correlativa en el nivel de la descripción del campo psicológico inmediato*» (pág. 64). Y un poco más adelante: «El en-

foque teórico del campo, entendido como organización del mundo percibido, exige afirmar que *si no es posible señalar la presencia de esas variables en el nivel de la organización del mundo percibido, las variables motivacionales son una mera construcción*» (pág. 72).

Muy pronto tuve que abandonar este punto de vista de una correspondencia término a término, exigencia excesiva que concebía la relación entre niveles de una manera lineal y en cierto modo mecánica, y que se nutría en la idea de un nivel de descripción privilegiado, respecto de otros niveles, para lograr la integración teórica (típico presupuesto fenomenológico). Adopté entonces la hipótesis de una relativa indeterminación entre niveles, lo que significa que entre dos niveles dados de descripción existen procesos probabilísticos y, en consecuencia, que no todas las variables pertinentes en un nivel tienen como correlato una variable pertinente en el otro.

Paralelamente a la hipótesis de una indeterminación relativa entre niveles, que aparece muy claramente en el capítulo 5, adquirí la convicción de que el nivel de la «psicología de sentido común», en la vieja terminología de Heider (véase capítulo 1), o de la «psicología ordinaria», en la terminología de Dennett (que corresponde exactamente a la problemática del «punto de vista del actor» y de la «acción orientada» tal como se discute en este libro), es un nivel que tiene poder explicativo dentro de su propio ámbito (parafraseando la frase de Durkheim a propósito de la sociología, «la psicología ordinaria se explica por la psicología ordinaria»), pero que no lo tiene respecto de otros niveles de análisis. Mi convicción a este respecto permanece intacta: los fenómenos propiamente sociales (entre los cuales se cuentan los fenómenos de la comunicación) no son reductibles a la intencionalidad de los actores intervinientes. De ahí mis profundos desacuerdos con la teoría de Max Weber (capítulo 6 de este libro), en lo que hace a la sociología, y con la pragmática de los actos de habla, que discutí más tarde en la tercera parte de *La semiosis social*. Dicho en un plano más general: *no me parece que exista ninguna razón para que el conocimiento científico sobre el comportamiento comunicacional de los actores sociales deba corresponder (en cualquiera de los sentidos de este término) con la imagen que el actor social tiene subjetivamente de sí mismo y de su comportamiento.*

Esta hipótesis es correlativa de otra, respecto de la vieja cuestión del carácter privilegiado o no del acceso a los datos de la propia conciencia. Me sigue pareciendo estratégico dejarse guiar por un punto de vista que tiende a dudar de dicho privilegio. En este sentido, hago mía la afirmación de Rorty: «. . . nuestro conocimiento de lo que ocurre en nosotros mismos no es más “directo” ni “intuitivo” que nuestro conocimiento de lo que ocurre en el “mundo exterior” (. . .) No aprendemos más acerca de lo que es la “naturaleza de la mente” practicando la introspección de acontecimientos mentales de lo que aprendemos acerca de la “naturaleza de la materia” percibiendo mesas».⁴

En cuanto al nivel de análisis sociológico, de lo que se trataba en esa época era de introducir progresivamente en las ciencias sociales la cuestión de la producción del sentido, como estrategia para «enfrentar» el modelo dominante de la acción orientada. Esta tarea se reveló difícil, y no me parece aún terminada. La razón principal de la dificultad es que las llamadas «ciencias del lenguaje» están, ellas también, históricamente marcadas por una teoría del sujeto. La principal contribución de la lingüística, la teoría de la enunciación, nació, principalmente con Benveniste, en el marco de una problemática de la subjetividad (Benveniste, 1966; Kerbrat-Orecchioni, 1980). Los desarrollos recientes de la pragmática no han hecho más que reforzar esta tendencia (L: 1988 y también Austin, 1962; Searle, 1969, 1979; Strawson, 1971; Récanati, 1979).

El interés por comprender los procesos de la comunicación social y en particular los discursos mediáticos, agudiza la necesidad de construir una teoría no subjetiva de la producción de sentido. La noción de estrategias enunciativas es esencial para comprender el funcionamiento de los medios (AE: 1983a, 1984a, 1985b, 1986c, 1988). ¿Pero cómo aplicar el concepto de enunciación tal como lo elaboraron las «ciencias del lenguaje», cuando en la comunicación mediatizada no hay enunciador ni destinatario individualizados, no hay situación ni tampoco contexto inmediato susceptible de facilitar la interpretación de lo pre-construido, lo implícito y lo presupuesto?

Es aquí que la semiótica de Peirce (ausente de mi horizonte conceptual en el período que corresponde a los textos

⁴ Citado en Pinkas (1995), pág. 15.

de este libro) adquiere toda su importancia. *Una teoría de la producción social del sentido puede liberarse del modelo de la subjetividad intencional a condición que el modelo mínimo del signo, como es el caso en Peirce, sea ya trans-subjetivo.*⁵ En el marco de la tradición lingüística y semiológica saussureana resulta imposible, en definitiva, arrancar el modelo significante/significado del campo de la subjetividad.

Por otro lado, la semiótica de Peirce se articula sin dificultades a una concepción que afirma la indeterminación relativa entre niveles de análisis. El modelo de los tres registros de la producción del sentido (primeridad, secundaridad y terciaridad) no contiene hipótesis sobre correspondencias entre ellos; insiste, por el contrario, en una cierta irreductibilidad entre iconismo, indicialidad y simbolismo (AE: 1976a, 1989a).

En definitiva, Peirce ayuda a liberarse de la idea, natural y testaruda, de que un sistema debe, de alguna manera, estar integrado o poder integrarse. Tal vez los sistemas que son la sociedad por un lado y el actor social individual por otro lado, sean sistemas semióticos débilmente integrados, tanto internamente cuanto entre sí. Pero esta hipótesis no reenvía aquí a una cuestión de principio, no es (por lo menos por el momento) una afirmación sobre la «naturaleza» ontológica, por decirlo así, de esos sistemas. Se limita a una constatación a propósito de la historia de las sociedades humanas.

La historia de la evolución natural no es mecánicamente determinista, y el azar ha jugado un rol fundamental: en las partículas del «Big Bang» no estaba inscrita la emergencia, en un punto ínfimo del universo, de la especie humana. Tampoco la historia de las sociedades humanas es mecánicamente determinista. Esto quiere decir, por un lado, que la emergencia de la democracia industrial es en buena medida resultado del azar, y por otro lado, que uno de los aspectos de este proceso ha sido la emergencia de modalidades de integración débil entre actores sociales y sociedad (débil por comparación, por ejemplo, con el tipo de integración de las sociedades tradicionales, de las sociedades de castas o, en la época propiamente moderna, con los proyectos de tipo totalitario).

⁵ Véase a este respecto Apel, 1972/73, y mi artículo 1994e.

Feedback III

El lector habrá ya adivinado que la última observación remite a la emergencia y consolidación del individualismo moderno. Los que nos interesamos en los fenómenos de la comunicación y de la discursividad social, estamos confrontados a dos procesos que se entrecruzan y que están, por supuesto, íntimamente relacionados: la creciente mediatización de las instituciones a nivel societal, por un lado, y la creciente individualización de los actores, por el otro.

Las relaciones entre los niveles psicológico y sociológico de análisis siguen siendo pues un problema central. Pero aparece bajo nuevas formas, que tienen que ver con la articulación entre la descripción de los discursos mediatizados en producción y la modelización de las múltiples dimensiones del reconocimiento. A partir del interés creciente focalizado en la recepción de los medios, se plantean problemas metodológicos extremadamente complejos relativos a la conceptualización de los procesos (no lineales) que llevan de las estrategias emergentes identificables en los discursos mediáticos (AE: 1996a) a las estrategias individuales de producción de sentido en la recepción de los medios.

Desde que introduje la distinción entre producción y reconocimiento (L: 1988) he insistido en el desfase entre ambos polos, y en la indeterminación relativa que caracteriza la circulación discursiva, es decir: no linealidad de la comunicación, una gramática de producción, varias gramáticas de reconocimiento. Del análisis de un discurso en producción no se pueden deducir sus efectos en recepción. Ahora bien, la indeterminación entre producción y reconocimiento es probablemente distinta de la indeterminación relativa entre niveles de análisis (por ejemplo, entre psicología y sociología), tema central del presente libro. Como lo indiqué más arriba, la indeterminación relativa entre niveles de análisis, la no correspondencia «término a término» entre las variables de un nivel de descripción y las variables de otro nivel, puede interpretarse o, mejor, implica metodológicamente, que se postula la intervención de procesos aleatorios entre los niveles. Si yo me planteo el problema de cómo articular el análisis en producción y el análisis en reconocimiento de un determinado discurso o tipo de discurso que me interesa en una situación dada de circulación, no me pa-

rece posible recurrir simplemente a una hipótesis probabilística. *El desfase entre producción y reconocimiento no me parece globalmente de orden probabilístico*. Comporta más bien una combinación, difícil de conceptualizar, entre modelos «mecánicos» o «estructurales» (capítulo 2 de este libro), que son las gramáticas (de producción y de reconocimiento) y zonas «aleatorias» de indeterminación (puesto que las gramáticas no son nunca completas).

La situación definida por la imposibilidad de deducir el efecto de un discurso a partir de su análisis en producción, se parece mucho a una situación que hoy es conocida de los físicos que se ocupan de sistemas complejos. El observador de un sistema alejado del equilibrio y próximo a un «punto de bifurcación» es capaz de predecir *la clase* de fenómenos que podrá observarse después del punto de bifurcación, pero no la *configuración específica* que se producirá. Podemos formular la hipótesis de que los procesos de circulación discursiva tienen algunas características propias de los sistemas alejados del equilibrio.

Pero la no linealidad de la comunicación es, por definición, una propiedad de la circulación discursiva *para un observador*. Para el actor subjetivamente inmerso en un proceso de comunicación, la comunicación es lineal. Disociación necesaria, una vez más, entre la posición del actor y la del observador.

En los últimos quince años se ha avanzado mucho en la investigación de la recepción. El próximo desafío es la articulación entre la producción de sentido en producción, y la producción de sentido en reconocimiento. Comprender esta articulación nos ayudaría a comprender muchas cosas de las sociedades mediatizadas en que vivimos. Para enfrentar ese desafío, tenemos que construir la teoría del observador (mencionado aquí y allá en el presente libro como si no planteara ningún problema), y que sigue siendo una entidad enigmática.

Buenos Aires, marzo de 1996

Referencias bibliográficas

Apel, K. O., *Transformation der Philosophie*, Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag, 1972/73. (Trad. castellana: *La transformación de la filosofía*, Madrid: Taurus, 1985.)

Austin, J. L., *How to do things with words*, Oxford: Oxford University Press, 1962.

Benveniste, E., *Problèmes de linguistique générale*, Paris: Gallimard, 1966.

Churchland, P. M., *Matter and consciousness. A contemporary introduction to the philosophy of mind*, Cambridge, Mass.: The MIT Press/Bradford Book, 1984. (Trad. castellana: *Materia y conciencia. Introducción contemporánea a la filosofía de la mente*, Barcelona: Gedisa.)

Davidson, D., *Essays on actions and events*, Oxford: Clarendon Press, 1980.

Dennett, D., *The intentional stance*, Cambridge, Mass.: The MIT Press/Bradford Book, 1987. (Trad. castellana: *La actitud intencional*, Barcelona: Gedisa.)

Consciousness explained, Little, Brown & Co., 1991. (Trad. castellana: *La conciencia explicada*, Buenos Aires: Paidós.)

Edelman, G. M., *The remembered present. A biological theory of consciousness*, Nueva York: Basic Books Inc., 1989.

Flanagan, O., *The science of mind*, Cambridge, Mass.: The MIT Press/Bradford Book, 2ª edición, 1991.

Fodor, J., *The language of thought*, Hassock, Sussex: Harvester Press, 1975.

Kerbrat-Orecchioni, C., *L'énonciation. De la subjectivité dans le langage*, Paris: Armand Colin, 1980. (Trad. castellana: *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires: Edicial Universidad.)

Pinkas, D., *La matérialité de l'esprit. Un examen critique des théories contemporaines de l'esprit*, Paris: Editions La Découverte, 1995.

Putnam, H., *Representation and reality*, Cambridge, Mass.: The MIT Press, 1988. (Trad. castellana: *Representación y realidad*, Barcelona: Gedisa.)

Récanati, F., *La transparence et l'énonciation*, Paris: Editions du Seuil, 1979. (Trad. castellana: *La transparencia y la enunciación*, Buenos Aires: Edicial Universidad.)

Les énoncés performatifs, Paris: Editions de Minuit, 1981.

Rorty, R., *Philosophy and the mirror of nature*, Princeton: Princeton University Press, 1979.

Searle, J. R., *Speech acts*, Cambridge: Cambridge University Press, 1969.

Expression and meaning, Cambridge: Cambridge University Press, 1979.

Intentionality. An essay in the philosophy of mind, Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

The rediscovery of the mind, Cambridge, Mass.: The MIT Press, 1992.

Strawson, P. F., *Logico-linguistic papers*, Londres: Methuen, 1971.

Watzlawick, P. (ed.) *L'invention de la réalité. Contributions au constructivisme*, Paris: Editions du Seuil, 1988. (Trad. castellana: *La realidad inventada*, Barcelona: Gedisa.)